

los trabajadores varones cobraban en promedio más de un 40% más que las mujeres. Al mismo tiempo, las trabajadoras padecían formas de violencia laboral especiales de su género. El acoso sexual por parte de patronos, jefes y compañeros de trabajo era una constante. Las relaciones sexuales forzadas y la violación de empleadas domésticas era una práctica común entre las familias adineradas. Era habitual la violencia física contra las prostitutas por parte de clientes y "cafiolos". Por otra parte, las trabajadoras con frecuencia se veían afectadas por formas especiales de control "moral" y de discriminación laboral. En muchas fábricas fueron comunes reglas que impedían la contratación o permanencia de madres solteras, o que prohibían a los empleados ponerse de novios entre sí. Las telefonistas de la Unión Telefónica no sólo trabajaban por un sueldo menor que el de los varones, encerradas en ambientes poco ventilados y bajo estricta supervisión, sino que además se les exigía permanecer solteras. Hasta aproximadamente 1935 la empresa no tomaba mujeres casadas o con hijos y despedía a sus empleadas cuando se proponían formar familia. En 1921 esta injusticia llegó a la prensa con motivo del caso de una telefonista que acuchilló al administrador general de la empresa tras haber sido despedida, luego de catorce años de servicios, por el solo hecho de haberse casado. En general, la cultura dominante de estos años estigmatizaba el trabajo femenino, especialmente el de las fábricas. Un prejuicio extendido consideraba que en la condición obrera había algo contrario al honor, la suavidad y la belleza que se esperaba de las mujeres.

### 3. Las formas de resistencia y de acción político-gremial

Estos años fueron también testigo de profundos cambios en la cultura de las clases populares y en sus formas de organizarse. Con el fortalecimiento del Estado central, la masiva privatización de la tierra, la repentina abundancia de mano de obra y la creciente urbanización, las montoneras y el éxodo individual dejaron de ser opciones efectivas para defenderse frente a la opresión. Como desde 1880 hasta 1916 la oligarquía conservadora se mantuvo en el poder mediante el fraude electoral, durante esos largos años ni siquiera existió para la plebe urbana esa limitada forma de participación política que todavía era posible en las décadas previas a través de los partidos mitrista y alsinista. En el torbellino de la gran transformación, el territorio se inundó de nuevos habitantes de decenas de países diferentes, que no tenían una experiencia de vida en común y ni siquiera hablaban el mismo idioma. La frag-

mentación dejó al mundo plebeyo indefenso ante el avance irrefrenable del capitalismo. La clase dominante había logrado unificarse, tenía un proyecto político y el poder para imponerlo. Las clases bajas no. La creciente desigualdad y las nuevas formas de explotación que por todos lados se implementaban hacían la resistencia y la acción colectiva más necesarias que nunca. Pero las prácticas conocidas ya no resultaban efectivas. ¿Qué hacer?: la pregunta se volvió acuciante. Era necesario inventar y poner a prueba nuevas estrategias para la acción política. ¿Pero qué sector dentro del mundo popular tendría la capacidad de ser la punta de lanza para esta recomposición de la capacidad de lucha?

### *El nacimiento del movimiento obrero*

Los que lideraron la recomposición política de las clases populares fueron los trabajadores urbanos con oficios de cierta calificación. Eran ellos los que estaban en mejores condiciones: a diferencia de los del campo, estaban más cerca unos de otros. Al contrario de los peones, sus empleos tenían una cierta estabilidad que facilitaba la organización. Conocedores de su oficio, tenían un poder de negociación frente a la patronal bastante mayor que el de los no calificados. Fueron ellos, pues, los que comenzaron a adoptar formas de organización y de lucha de efectividad ya probada en Europa, de las que muchos inmigrantes traían experiencias de primera mano. Mediante la organización sindical fueron logrando coordinar los reclamos de vastos sectores trabajadores, tanto urbanos como

rurales. Aunque el movimiento obrero no llegó a unificar a la totalidad de las clases populares, consiguió establecer lazos amplios y abarcativos e incluso tejer alianzas con algunos sectores medios. Con el correr de las décadas se fue transformando en un actor político de gran importancia.

El primer sindicato nació, como tantos otros, a partir de una entidad mutual. En el siglo XIX y hasta bien entrado el siguiente no existía ninguna forma de protección para los trabajadores en caso de enfermedad u otras dificultades, de modo que fueron ellos mismos los que se organizaron para protegerse unos a otros. Aportando parte de sus sueldos para formar un fondo a disposición del que lo necesitara, crearon en estos años decenas de mutualidades, algunas de ellas por gremio, otras según la nacionalidad de los aportantes. En 1857 trabajadores tipográficos de Buenos Aires —entre los que predominaban los de origen argentino— fundaron la Sociedad Tipográfica Bonaerense, inicialmente enfocada a la ayuda mutua. De esta primera entidad —que en 1871 había entablado vínculos con la Asociación Internacional de los Trabajadores, que desde el año siguiente tendría una representación en el país—, nació en 1877 la Unión Tipográfica, el primer sindicato propiamente dicho que existió en Argentina. Aunque anteriormente había habido reclamos de trabajadores en estancias y saladeros, fue esta Unión la que realizó en 1878 la primera huelga obrera que hubo en el país, a la que también adhirieron los tipógrafos de Montevideo. A partir de comienzos de la década de 1880, se extendieron rápidamente los sindicatos por oficios, que en esta época asumían la forma de fraternidades de productores que resistían la lógica del trabajo industrial;

funcionaban en general de manera asamblearia y carecían de activistas rentados y de reconocimiento legal. Se organizaron así los ferroviarios, obreros panaderos, trabajadores de astilleros, herreros, cigarreros y muchos otros, tanto en Buenos Aires como en otras ciudades como Córdoba y Rosario. En 1896 se produjo la huelga de los talleres ferroviarios porteños, la primera en la que participaron buena parte de los trabajadores de toda una rama contra el conjunto de sus patrones. Cinco años después los obreros panaderos protagonizaron allí mismo la primera huelga que abarcó a la totalidad de una rama. También en 1901 se produjo en Rosario la primera huelga general de los trabajadores de toda una ciudad, sin importar su rama, contra todos los patrones y el gobierno local. El 22 de noviembre del año siguiente, al fin, se convocó la primera huelga general de alcance nacional. Paralelamente se fueron dando pasos para la formación de federaciones sindicales. Aunque hubo intentos previos, la primera central obrera que alcanzó cierta solidez fue la Federación Obrera Argentina fundada en 1901, redenominada Federación Obrera *Regional* Argentina (FORA) tres años más tarde, para enfatizar la pertenencia internacional del movimiento. En efecto, en sintonía con las múltiples procedencias nacionales de sus militantes, el sindicalismo argentino participó desde muy temprano en los esfuerzos de la clase trabajadora de organizarse a escala mundial. El internacionalismo era un valor fundamental para los obreros del país en esa época. En los actos que organizaban era común que hubiera discursos en varias lenguas y lo mismo sucedía con la prensa gremial.

De orientación claramente revolucionaria, el movimien-

to obrero utilizó desde comienzos del siglo el instrumento de la huelga en combinación con movilizaciones callejeras, que habitualmente eran objeto de una brutal represión. Las demandas usuales eran mejoras en los sueldos, la jornada de ocho horas y el fin de las medidas más represivas del Estado. La solidaridad, sin embargo, crecía y las luchas desbordaban los reclamos puramente laborales. En 1907, por ejemplo, hubo en Buenos Aires una inédita "huelga de inquilinos" contra las subas de alquileres. Negándose a pagar y movilizándose de diversas maneras, participaron 120.000 personas de más de 2000 inquilinatos y conventillos de diversas zonas de la ciudad. Tras varias semanas de un intenso hostigamiento policial y judicial, los propietarios consiguieron derrotar a los huelguistas. Poco después, sin embargo, una huelga general cosecharía en esa ciudad por primera vez un éxito importante, aunque con un alto costo. Durante el acto del Primero de Mayo de 1909, como era habitual, la policía disparó sobre la multitud sin motivo, dejando un saldo de cinco muertos y 105 heridos. Como toda medida, el presidente Figueroa Alcorta se limitó a hacer llegar al coronel Ramón Falcón sus felicitaciones por la masacre que había conducido y lo mismo hicieron los representantes de las principales entidades empresarias. Los sindicatos respondieron indignados con una huelga general que paralizó la ciudad, por entonces ya militarizada. Durante el sepelio de las víctimas y todavía en otro acto la policía volvió a disparar contra los obreros, produciendo más muertos. Pero aun así la fuerza de la huelga obligó al gobierno a hacer concesiones y el paro terminó tras una verdadera "Semana Roja", como se la recordó desde entonces. Pocos meses después, un joven

obrero, Simón Radowitzky, vengó la muerte de tantos compañeros lanzando una bomba de mano que acabó con la vida del despiadado Falcón. Utilizando ese incidente como excusa, el Estado desató una nueva ola de detenciones, deportaciones y clausura de periódicos. Grupos de civiles de las clases superiores, formados para la ocasión, asolaron los locales sindicales y, de paso, también los barrios judíos, con la total complacencia de la policía. En La Plata y Rosario hubo agresiones similares. Como la agitación obrera no cesaba, las celebraciones del primer Centenario de la Patria tuvieron que realizarse bajo estado de sitio.

La intensidad de la represión consiguió detener durante un tiempo la conflictividad obrera, pero no por demasiado. En las elecciones de 1916 —las primeras organizadas por la nueva ley electoral de 1912, que ofrecía mayores garantías contra el fraude— la oligarquía conservadora fue imprevistamente derrotada. Hipólito Yrigoyen, de la Unión Cívica Radical, resultó electo Presidente. Aunque pertenecía a la clase alta tanto como sus adversarios, se esperaba que su gobierno tuviera una actitud más benigna con las luchas obreras. Y en efecto hubo un cambio, ya que el Estado comenzó tímidamente a mediar en los conflictos entre trabajadores y patrones, a veces incluso a favor de las demandas de aquellos. Pero ello no impidió que siguiera o incluso se intensificara la represión, como pronto quedó probado en los sucesos que pasaron a la historia como la Semana Trágica. Todo comenzó a principios de enero de 1919, con una huelga en la metalúrgica Vasena, en Buenos Aires, en reclamo de mejoras salariales, la reducción de la jornada laboral y medidas básicas de salubridad. La patronal había res-

pondido contratando “rompehuelgas” para que reemplazaran a los trabajadores en paro. Ante el malestar que su llegada produjo, la policía reaccionó abriendo fuego contra la multitud, lo que dejó un saldo de cuatro muertos y treinta heridos. Más sangre obrera fue derramada en la emboscada que los agentes de la ley prepararon para los que participaron del sepelio: doce muertos contó el Estado; más de cien denunciaron los sindicatos. La indignación popular fue inmediata y dio lugar a una verdadera insurrección espontánea. Mientras la FORA decretaba la huelga general, hubo movilizaciones en varios barrios; los trabajadores asaltaron comisarías y armerías y levantaron barricadas. Durante una semana el Estado perdió control de la situación, a pesar de haberse militarizado la ciudad con más de 32.000 efectivos, con los que colaboraban brigadas de jóvenes de familias ricas, pronto conocidas como la Liga Patriótica, que se encargaron de incendiar locales sindicales y sinagogas. Los disturbios obreros se extendieron a varias ciudades, entre ellas Rosario, Mar del Plata, Santa Fe, Bahía Blanca, Tucumán e incluso Montevideo. La huelga general concluyó tras una semana, con concesiones para los trabajadores. Para entonces los obreros muertos se contaban en cerca de 700 y los heridos en 4000. Ningún político ni agente del orden fue juzgado por esa masacre. Al contrario, las empresas más importantes organizaron una gran colecta para repartir dinero entre los policías porteños, en agradecimiento por los servicios prestados.

Lo de la Semana Trágica no fue un hecho aislado o fortuito. Desde 1917 la conflictividad obrera venía en un rápido ascenso, que tuvo su pico más alto en 1919. Se trató también del momento de mayor extensión de los lazos de solidaridad en-

tre diversos sectores del pueblo. Los maestros mendocinos, por ejemplo, hicieron un paro general en abril y marcharon codo a codo con los obreros cantando el himno socialista La Internacional. Actores de teatro, chacareros, telefonistas, empleados de comercio y bancarios de numerosas localidades también se movilizaron y hasta los estudiantes secundarios porteños y de otras ciudades se declararon en huelga y marcharon por las calles enarbolando banderas rojas contra la designación de un profesor indeseable o contra los exámenes de ingreso a la universidad. Incluso los policías rosarinos fueron a la huelga en 1918-1919 y se identificaron con la clase obrera oprimida. Y todavía en 1921 empleados municipales de esa misma ciudad tomaron el edificio municipal y declararon constituido un "soviet"; con ayuda de estudiantes reemplazaron la bandera argentina por una roja. Indudablemente, tanta lucha y tanta solidaridad estaban motivadas por justos reclamos, pero también por las esperanzas de un mundo nuevo, libre de explotación y de opresión, que por entonces despertaba la ola revolucionaria que recorría el planeta desde que los rusos habían triunfado en su revolución de 1917.

### *Ideologías y organizaciones*

En estas primeras décadas de su existencia, no eran sólo mejoras salariales o laborales lo que tenía en mente la mayoría de los que se involucraban en la organización sindical. Por el contrario, el movimiento nació fuertemente animado por una visión política más general, firmemente clasista y anticapitalis-

ta. Más allá de las diversas líneas que fue asumiendo, compartió la percepción de que era imposible conciliar los intereses de la clase dominante con los de la gente de trabajo, porque aquélla se valía de la explotación y la opresión para acumular riqueza y asegurar su poder. En el capitalismo estaba el origen de los padecimientos de la hora y, para ponerles fin, sería necesario reemplazarlo por otra forma más igualitaria de organización de la sociedad. La lucha de clases era fundamental no sólo para mejorar las condiciones materiales de vida, sino para llegar a ese cambio revolucionario que muchos anhelaban. Más allá de este principio general, sin embargo, comenzaban los desacuerdos. ¿De qué manera organizarse para potenciar la lucha? ¿Con quiénes convenía que se aliaran políticamente los obreros? ¿Cómo había que vincularse con el Estado, las elecciones y los políticos? El movimiento obrero fue desarrollando en estos años diferentes respuestas a estas preguntas y, con ellas, surgieron varias líneas de estrategia y de organización para llevarla adelante.

El conocimiento de las experiencias que venía habiendo en Europa fue fundamental. En el último tercio del siglo XIX ya circulaban febrilmente las ideas de pensadores y activistas de las diversas tendencias que había en el viejo continente. No todas habían llegado de la mano de los inmigrantes: un periódico afroporteño, por ejemplo, estuvo entre los primeros en difundir nociones del socialismo europeo en Argentina. Aunque las ideas socialistas predominaron en los primeros años, fueron las del anarquismo las que pronto alcanzaron la mayor influencia. El primer grupo de esa orientación funcionó en Buenos Aires ya en la segunda mitad de la década de

1870 y en 1879 apareció el primer periódico, *El Descamisado*. Argentina pronto llegaría a tener uno de los movimientos anarquistas más poderosos del mundo, en el que participaron tanto inmigrantes como criollos. Su influjo dentro del movimiento obrero fue hegemónico y llegó a su pico máximo en 1910, luego del cual fue perdiendo lugar hasta casi desaparecer en los años cuarenta. Inspirados en las doctrinas de Bakunin, Kropotkin, Malatesta y otros, los anarquistas no eran un partido político ni un grupo unificado, sino más bien un movimiento federativo laxo y descentralizado, compuesto de agrupamientos que podían tener posturas bien diferentes. Detestaban las jerarquías en todas sus formas y se preocupaban no sólo por la explotación de los trabajadores, sino por cualquier forma de opresión, incluyendo la que padecían las mujeres bajo el mando patriarcal de los varones. Eran ante todo convencidos antiestatistas. Los obreros, para ellos, no tenían nada que hacer en el ámbito de la política y del Estado, a los que consideraban invenciones de la clase dominante sin otro fin que el de asegurar la opresión. Ni las elecciones ni las reformas les interesaban en absoluto. Apostaban en cambio a la autoemancipación a través de la educación, a la acción directa y a la organización sindical autónoma de los trabajadores (aunque un grupo minoritario de "individualistas" rechazaba cualquier forma de organización centralizada, incluso las gremiales). Sólo sindicatos autónomos podrían llegar a propiciar una huelga general revolucionaria capaz de derribar la podredumbre del Estado y de los capitalistas de un solo golpe y fundar las bases de una sociedad de productores libres e iguales. Una minoría de los grupos utilizaba también métodos

considerados terroristas, como atentados con bombas contra personajes o edificios emblemáticos del mundo de los poderosos. La mayoría, sin embargo, rechazaba tales métodos. No es de sorprenderse que el anarquismo fuera atractivo para los obreros en esa época. Su antiestatismo tenía sentido frente a un Estado fraudulento en manos de una oligarquía que, para solucionar la "cuestión social", confiaba menos en las reformas que en la represión brutal. Sus métodos de acción directa y sus enérgicas huelgas tenían sentido frente a una patronal intransigente, demasiado confiada en el apoyo incondicional que le brindaba el Estado. Además, su confianza en la fraternidad de los obreros más allá de sus diferencias nacionales les permitía aprovecharlas para organizar a los trabajadores de acuerdo con su procedencia o su lengua, sin reclamarles que sacaran carta de ciudadanía argentina (como hacían por ejemplo los socialistas, ansiosos por reclutar votantes).

Desde fines del siglo XIX también venía organizándose una corriente socialista, en la que emigrados políticos franceses, italianos y sobre todo alemanes tuvieron un papel de primer orden. A diferencia de los anarquistas, los socialistas creían que el camino hacia el fin del capitalismo pasaba por organizarse en un partido centralizado, capaz de llevar representantes de los obreros al congreso y presionar así por una mayor democratización y por reformas que mejoraran sus condiciones de vida y les otorgaran mayores derechos. Esperaban que estas reformas conducirían *gradualmente* hacia una sociedad socialista. Aceptando las reglas del juego político, estuvieron habitualmente en contra de medidas como la huelga general revolucionaria, que consideraban contraproducentes. Hacia 1893

comenzaron en Buenos Aires conversaciones entre núcleos sindicales y algunas figuras no obreras, como el médico Juan B. Justo, para la creación de un partido. El Partido Socialista (PS) quedaría oficialmente constituido dos años después, con Justo como su líder máximo, quien le imprimió un talante moderado que no compartían otros socialistas de la época, bastante a la izquierda del médico. Sus éxitos electorales no se hicieron esperar. En las elecciones de 1904 los votantes del popular barrio de La Boca convirtieron a Alfredo Palacios en el primer diputado socialista de América. Dentro del movimiento sindical tuvieron también su influencia. Inicialmente cooperaron con los anarquistas, pero pronto compitieron para organizar una central propia. Así, mientras la FORA permanecía en manos de los primeros, el PS propició una Unión General de Trabajadores (UGT) en 1903. Sin embargo, sería una tercera corriente la que iría ganando el mayor peso dentro del movimiento obrero, especialmente luego de 1910, cuando el anarquismo comenzó a perder posiciones. Se la conoció entonces con el nombre de "sindicalismo revolucionario" y más tarde simplemente "sindicalismo". Había surgido de las filas del PS, cuestionando su orientación reformista y su descuido del trabajo sindical. Como los anarquistas, rechazaban la participación de los obreros en la alta política y creían en la independencia de clase. Pero a diferencia de ellos, priorizaban por sobre todo la unidad del movimiento, por lo que solían evitar la organización sobre bases étnicas y cualquier adhesión a doctrinas políticas que pudiera causar divisionismo. Les importaba sobre todo consolidar las estructuras sindicales y promover acciones coordinadas y bien planificadas (a diferencia

de muchos anarquistas, que confiaban en el "espontaneísmo"). Aunque al principio rechazaban cualquier contacto con el Estado, fueron flexibilizando sus posturas y acostumbrándose a negociar con él mejoras y reformas puntuales. La tendencia sindicalista pronto desplazó a los socialistas de la conducción de la UGT y en 1909 la disolvió para fundar una nueva central, la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA). El movimiento obrero quedaba así dividido. Tras una ardua polémica, en 1914 los sindicalistas aceptaron disolver su nueva entidad e ingresar a la FORA. Pero la unidad fue de corta duración. Para favorecerla, en su noveno congreso la conducción de la FORA había aceptado quitar la mención al "comunismo anárquico" de su lista de objetivos. Eso motivó que se retirara un grupo minoritario que se negaba a renunciar a ese ideal; esa fracción anarquista se reagrupó con el nombre de FORA "del V Congreso". El grupo mayoritario, conocido desde entonces como FORA "del IX Congreso", quedó dominado por los sindicalistas. Para entonces contaban con casi doscientos sindicatos de varias zonas del país adheridos a la central, cifra que crecería rápidamente en los últimos años de la década de 1910. El movimiento, sin embargo, no se dividió del mismo modo en todas partes. En Córdoba, por ejemplo, la poderosa Federación Obrera Provincial decidió mantenerse al margen de ambas FORAs, exigiendo la reunificación. Con la fundación del Partido Comunista (PC) en 1918 surgió todavía una cuarta corriente que posteriormente disputaría la dirección del movimiento obrero. El nuevo partido nació de una escisión del PS, protagonizada por un grupo de militantes que venían denunciando a su dirigencia por haber abandonado el

obrerismo inicial. A diferencia del PS, los comunistas, atraídos por el modelo de la insurrección bolchevique triunfante en Rusia, apostaban a la creación de un partido que apuntara no a introducir reformas graduales desde el parlamento, sino a organizar y dirigir una revolución trabajadora que barriera de cuajo con el orden capitalista mediante una decisiva acción insurreccional. Si la vocación revolucionaria y comunista los acercaba a los anarquistas, su insistencia en la necesidad de un partido jerárquico y centralizado dispuesto a tomar el poder del Estado en sus manos y su adhesión a la Internacional Comunista los enfrentaba irremediabilmente a ellos.

Las mujeres participaron desde temprano en el movimiento sindical. En Buenos Aires se registró ya en 1888 una huelga de empleadas domésticas contra el uso de las "libretas de conchabo". Pero sólo desde principios del nuevo siglo las trabajadoras adquirieron visibilidad como parte del movimiento. Por entonces se fundaron varias agrupaciones gremiales de mujeres, de vida efímera. A partir de 1907 contamos con datos sobre la cantidad de mujeres involucradas en huelgas. La mayoría de los años no llegaban al 4% del total de huelguistas, aunque hubo algunos picos, como el de 1924 a 1926, donde rondó el 20%. En oficios donde las mujeres eran más numerosas, como en el textil, su participación podía alcanzar el 65%. En estos años protagonizaron algunas luchas importantes, como la huelga de cigarreras de 1915 contra la mecanización de las tareas de empaquetamiento o la de las empleadas telefónicas de 1919 en protesta por las limitaciones que pretendía imponer la patronal a su agremiación. A pesar de este protagonismo, el mundo de los sindicatos y de las centrales

obreras permaneció en manos de varones. No es que faltaran militantes femeninas: las hubo muy destacadas, como la anarquista Juana Rouco Buela y muchas otras del credo socialista, comunista o independientes. Pero los cargos gremiales solían quedar siempre para los hombres. Una excepción destacable fue la de Cecilia Baldovino, que llegó a integrar la Junta Ejecutiva de la UGT en 1903.

### *La cultura plebeya, el clasismo y la política*

Con el surgimiento del movimiento obrero y la difusión del anarquismo, el socialismo, el sindicalismo revolucionario y el comunismo, el antagonismo de clase se expresó de manera clara y firme entre las clases populares. Los militantes de las diversas tendencias y también los independientes desarrollaron desde las últimas décadas del siglo XIX una febril tarea propagandística y de formación. Publicaron incansablemente periódicos, revistas, folletos y libros baratos que pronto circularon por decenas de miles en los varios idiomas que hablaban los trabajadores. Diarios como los célebres *La Protesta* (anarquista) o *La Vanguardia* (socialista) llegaban cotidianamente a miles de lectores. Organizaron asimismo infinidad de charlas y conferencias y fundaron centenares de bibliotecas y asociaciones culturales. Tuvieron sus propias escuelas y también sus propios grupos de teatro, que por todas partes representaron obras con contenido político para niños y adultos. A través de todos estos canales llegaron incluso hasta pueblos pequeños y remotos. Así, aunque todavía en esta época sólo una pequeña

minoría de los trabajadores estaba afiliada a algún sindicato, las ideas del movimiento obrero alcanzaron una gran proyección. El pensamiento y los valores izquierdistas y de avanzada —desde la crítica de la propiedad privada y un furioso ateísmo, hasta las iniciativas a favor de la emancipación de la mujer o el amor libre— causaron gran preocupación en la clase dominante. La cultura de izquierda traspasó el mundo popular, imprimiendo un sentido clasista y anticapitalista en parte de los sectores medios.

En verdad, la circulación de ideas fue en ambos sentidos. Si bien el izquierdismo ingresó primero y principalmente a través del movimiento obrero, también sectores estudiantiles, intelectuales, profesionales y de la pequeña burguesía se vieron atraídos por esa tradición política. Entre ambos ámbitos sociales hubo en esta época intensos contactos e intercambios y no poca solidaridad e incluso luchas en común. Pero también existieron tensiones. En la raíz de esas tensiones hubo un componente cultural y otro de nivel social. La cultura de la izquierda europea, en la que todos buscaban inspiración para la lucha, se había desarrollado combinando la reflexión política con las prácticas y costumbres de los obreros del viejo continente. Mucho de los valores, el vocabulario, los códigos de conducta y hasta la estética que definía al izquierdismo se habían forjado muy lejos de la Argentina. Y aunque buena parte de los activistas del movimiento local habían venido de Europa o eran hijos de europeos, también existía una gran porción de las clases bajas cuya experiencia y cultura eran las del mundo criollo anterior a la gran inmigración. No todos dentro del fragmentado universo plebeyo conocían o se sen-

ñían cómodos con esas pautas venidas de lejos, que a veces se contraponían a hábitos locales muy arraigados. Hubo un cierto desfase entre el bajo pueblo real y el ideal del “buen obrero” que algunos tenían en mente. Aunque la cultura de izquierda de esos años llegó a ser un verdadero lenguaje en común para las clases populares, al menos en las principales ciudades, también es cierto que no terminó de integrarse del todo bien con la herencia criolla. Así, para algunos activistas, lo criollo aparecía como sinónimo de incultura o “atraso” político. Divertimentos muy queridos por los más pobres, como por ejemplo el carnaval, solían ser duramente atacados por los comunistas, anarquistas y socialistas, que veían en él una distracción de la lucha clasista. Entre los que pensaban de este modo, no era extraño que surgieran sentimientos de superioridad respecto de la baja plebe. No todos los militantes izquierdistas, en cualquiera de sus vertientes, fueron inmunes a la prédica de las clases superiores, que también valoraban más todo lo que viniera de Europa y despreciaban a los criollos pobres (especialmente si tenían rasgos aindiados o piel morena).

Esta tensión entre dos culturas diferentes que se iban fusionando se potenció con otra, que tenía que ver con la procedencia social de algunos militantes. El movimiento izquierdista internacional confiaba en los trabajadores como el grupo social que conduciría a la humanidad a un mundo nuevo. Pero en los hechos también había dado la bienvenida a intelectuales y gente de la pequeña burguesía, que con frecuencia conseguía instalarse en la dirección de los partidos y organizaciones obreras. Los trabajadores muchas veces recelaban esa

influencia no obrera en la cima; sin embargo, en la Europa del siglo XIX solían aceptarla o incluso preferirla porque resultaba útil a la causa y servía para ampliar el radio de apoyos sociales. Esa diferencia de clase fue fuente de tensiones en todas partes y Argentina no fue la excepción. El izquierdismo en todas sus variantes compartía el ideal de un porvenir en el que todos los hombres serían libres e iguales. Pero en la mente de muchos militantes, especialmente los que venían del mundo de los profesionales e intelectuales (o aspiraban a llegar a él) este ideal se combinó con otro diferente. Imbuidos por la confianza en la razón y la ciencia típica del cambio de siglo, muchos imaginaron el futuro como una sociedad racional en la que cada persona desempeñaría su tarea en un orden perfecto. La planificación científica de la vida social aparecía como un ideal poderoso y atractivo, uno que prometía acabar con el caos de enfrentamientos al que conducía el capitalismo. Aunque no siempre era el caso, esta imagen del futuro se trasladaba a veces al presente. Quienes se creían dotados de las capacidades intelectuales para planificar y coordinar las organizaciones de la manera más racional, también solían considerar que les correspondía por derecho propio ocupar el lugar de dirigentes. Y para justificar esa pretensión, muchas veces de manera inconsciente se imaginaban a sí mismos “superiores” al común de los trabajadores o incluso al grueso de los militantes. Para quienes sentían de ese modo, la plebe criolla aparecía doblemente marcada por el atraso y la incultura: porque no se comportaba a la manera de los trabajadores europeos y porque carecía de las capacidades “racionales” necesarias para hacer avanzar la causa. Así, el lugar de superioridad que implí-

citamente se autoasignaban algunos militantes intelectuales o de mayor educación conspiraba secretamente contra su vocación igualitarista y democrática.

Un buen ejemplo de los efectos concretos de este sentido de preeminencia de los profesionales es el del Partido Socialista. Aunque se proclamaba un partido obrero, entre sus máximos dirigentes predominaron desde el comienzo los profesionales universitarios que no procedían de familias trabajadoras. El peso de los profesionales se hizo sentir en la doctrina y en la vida interna del partido. El PS asociaba la causa de los obreros y al socialismo con el “progreso” y con “el advenimiento de la ciencia a la política”. Sus máximos dirigentes se concebían a sí mismos como “guías” con la función de “educar” a las masas incultas en la doctrina del socialismo europeo. Aunque en general los dirigentes del PS se mantuvieron por ahora como fieles defensores de las clases bajas, su desdén por la cultura plebeya y criolla se hacía muchas veces evidente. Por ejemplo, para desacreditar a Yrigoyen —que solía tener más predicamento entre las clases populares que ellos— afirmaban que la UCR movilizaba apoyos entre los “bajos fondos”, el “malevaje” y el “gauchaje” (como queriendo decir que el PS lograba en cambio el apoyo de los obreros mejor “educados” antes que de esa chusma). Los socialistas no eran la única corriente en la que se manifestaba esta tensión: también estuvo presente entre los comunistas e incluso entre ciertos anarquistas. En su apego a lo “culto”, a la ciencia y a lo europeo, como si fueran lo opuesto a la masa popular “inculta”, algunos izquierdistas se emparentaban peligrosamente con la misión “civilizatoria” de Sarmiento y de la élite de tiempos de la Organización na-

cional. Unos y otros coincidían en que el pueblo real no tenía la capacidad de conducirse a sí mismo. No todos —ni mucho menos— en el movimiento obrero y en las organizaciones de izquierda tenían esta concepción “elitista” de la política. Pero esta tensión, que permaneció por ahora como una grieta casi imperceptible, pronto adquiriría un significado mayor e inesperado.

### *Las luchas sociales en el campo*

Tanto las luchas sindicales como las corrientes políticas del movimiento obrero colaboraron con la organización de la resistencia también en zonas rurales. En algunas de las fronteras que fue penetrando el capitalismo en su expansión —sean las selvas al noreste o las montañas y estepas patagónicas al sur— la población, aislada y dispersa, con frecuencia se encontró a merced de poderosos patrones o empresarios-aventureros que se manejaron con total impunidad. Con el visto bueno o la colaboración activa del Estado, se produjeron allí algunas de las masacres más espantosas. En algunos sitios, como la lejana Tierra del Fuego, los buscadores de oro y los estancieros que se fueron estableciendo a fines del siglo XIX decidieron deshacerse de la molestia que significaba la población indígena mediante el homicidio sistemático. Algunos estancieros y sus matones a sueldo se hicieron famosos en el cambio de siglo como “cazadores de indios”. Entre ellos se destacó el inglés Mac Klennan. Una de sus hazañas consistió en invitar a toda una tribu selk'nam a un banquete para sellar un tratado

de amistad. Los Selk'nam —a los que también se conoció como onas— venían resistiendo el despojo de sus tierras mediante el robo de ganado y el corte de los alambrados con los que comenzaron a rodearlos. Queriendo terminar con los choques violentos con el personal de las estancias, los nativos aceptaron la invitación. Pero una vez reunidos allí, los hombres de Mac Klennan abrieron fuego, asesinando al menos a trescientos de ellos, mujeres y niños incluidos. Esa masacre fue acaso la más terrible, pero de ningún modo la única. Diezmados, los Selk'nam se extinguieron rápidamente con el correr del siglo. En pocas décadas se hizo desaparecer un pueblo milenario para hacer lugar a las ovejas.

En el otro extremo del país la situación para los aborígenes no era mucho mejor. En 1884 y de nuevo en 1911 el Estado nacional había enviado a la región chaqueña expediciones militares para someterlos. Hasta entonces los pobladores originarios vivían allí de la caza, la pesca y la recolección, del comercio de algunos productos y de los salarios que obtenían en empleos ocasionales. El objetivo de las expediciones, tal como lo manifestaron sus promotores, fue el de limitar las posibilidades de sustento libre de los indios. La idea era quitarles acceso a ríos y bosques, como para que se vieran forzados a trabajar para los colonos y las empresas de la zona. En los años veinte hubo un gran auge del cultivo del algodón en el Chaco. Los que se dedicaron a ese negocio necesitaron cantidades crecientes de peones. Para difundir entre los indios los conocimientos que involucraba la cosecha algodonera, en 1924, bajo la presidencia del sucesor de Yrigoyen, el radical Marcelo T. de Alvear, el Estado promovió la siembra de algodón en la

reserva indígena de Napalpí. Pero además, para garantizar que los tobas y otros grupos étnicos de la zona también se emplearan como mano de obra al servicio de los blancos, les prohibieron desplazarse a las provincias del noroeste, donde solían emplearse estacionalmente en la zafra, que pagaba salarios un poco mejores. Eso fue la gota que rebalsó el vaso. En mayo de ese año, indios de varias partes del Chaco descontentos por esa prohibición y por otras varias injusticias se reunieron en Napalpí. Haciéndose eco de las luchas del movimiento obrero, decidieron declarar una "huelga general": los peones se negaron a trabajar y los campesinos dejaron de sembrar cultivos comerciales. Durante la huelga mantuvieron con los colonos algunos enfrentamientos de baja intensidad. Para apaciguar los ánimos, el gobernador prometió atender los reclamos. Pero como sus promesas quedaron en la nada, pronto volvieron las reuniones a Napalpí. Además de inspirarse en las formas de acción del movimiento obrero, los indios venían recurriendo a sus propias creencias ancestrales para explicar su situación y darse ánimo para la lucha. Rápidamente corrió entre ellos el rumor de la aparición de un cacique que había muerto poco antes. El espectro del cacique había anunciado que todos los indios muertos a manos de los blancos volverían pronto a la vida y que todos juntos darían una gran batalla final para derrotar a los cristianos y volver a ser los dueños de la tierra. El 19 de julio, mientras realizaban un ritual, no advirtieron la llegada sigilosa de 130 policías y civiles fuertemente armados. Sin previo aviso, acribillaron a la multitud desde la distancia. Sólo después se acercaron para ultimar uno por uno a los heridos, incluyendo mujeres y niños. Cuando la carnicería

concluyó, unos 200 indios habían muerto, a pesar de lo cual el hecho fue silenciado por las autoridades y quedó en total impunidad.

Pero en el noreste no hacía falta ser indígena para ser objeto de tales violencias. El 15 de marzo de 1936 la localidad de Oberá, en Misiones, se tiñó de sangre cuando la policía y comerciantes locales desataron una balacera contra lo que describieron como un ataque de "comunistas". En realidad se trataba de una manifestación pacífica de pequeños campesinos, ocupantes de tierras fiscales, en su mayoría ucranianos, polacos y rusos. Reclamaban un aumento en el precio que les pagaban por el tabaco que cultivaban y la eliminación de un nuevo impuesto sobre los que sembraban yerba mate. La balacera causó varios muertos y numerosos heridos.

La región noreste fue también escenario de intensas luchas de los hacheros, peones y obreros de la industria maderera y del tanino. Las más conocidas fueron las ocurridas en la famosa compañía transnacional conocida como La Forestal. La empresa había tenido sus orígenes en un gigantesco negociado fraudulento con el Estado, de fines del siglo XIX, por el que se permitió a una firma radicada en Londres adquirir el 12% de la superficie actual de la provincia de Santa Fe (incluidos los formidables quebrachales centenarios que la tapizaban) por un precio irrisorio. Pronto La Forestal llegó a poseer más de dos millones de hectáreas en el norte de Santa Fe y el Chaco, lo que le permitió gozar de una posición monopólica en el negocio de la extracción del tanino y transformarse en el principal proveedor mundial de ese producto. Aprovechando sus extensos dominios y su posición de empleador monopó-

lico, la empresa mantuvo a sus trabajadores cobrando bajísimos jornales y viviendo en pésimas condiciones. Los hacheros —en general jóvenes correntinos, pero también chaqueños, santiagueños y paraguayos— trabajaban con el torso desnudo, expuestos a picaduras de insectos y mordeduras de víboras que con frecuencia eran fatales. Solían vivir en el monte mismo, en chozas hechas de enramadas o en zanjas cavadas en la tierra. Los jornales se pagaban en vales, que debían canjearse en proveedurías de la propia patronal con precios desfavorables. La Forestal era además propietaria de los pueblos que se establecieron en sus dominios. Los obreros y peones moraban en casas alquiladas o facilitadas por la compañía y carecían de derechos políticos: los “intendentes” eran designados por ella. De este modo, si un trabajador era despedido u optaba por dejar de trabajar para La Forestal, eso significaba que perdía inmediatamente su vivienda y él y su familia estaban obligados a abandonar el pueblo. Y como el Juez de Paz y la policía también recibían de la empresa un salario extra, ninguna protesta tenía la posibilidad de ser atendida. El extenso territorio de La Forestal funcionaba como un Estado dentro del Estado.

Bajo esas condiciones, no debe sorprender que la organización de los trabajadores haya sido bastante tardía. Desafiando los obstáculos y las prohibiciones, un grupo de ellos logró constituir en Villa Guillermina un Centro Obrero que pronto se vinculó a la FORA. Su periódico llevó título guaraní: *Añá Membuí*. En julio de 1919 consiguieron declarar la primera huelga, en demanda de aumento de jornales, suspensión de los despidos y la jornada de ocho horas. En diciembre del mismo año repitieron la medida y, tras treinta días de paro,

lograron arrancar un convenio con algunas concesiones. Pero como, en lugar de respetar el convenio firmado, la patronal se dedicó desde entonces a encarcelar a los dirigentes de la huelga y a elaborar “listas negras” de obreros y peones que ya no podrían ser contratados, en abril de 1920 los trabajadores fueron forzados a retomar las medidas de fuerza. En Villa Guillermina ocuparon la fábrica de tanino. Un confuso episodio en el que perdieron la vida un obrero y un gerente dio la excusa para la puesta en marcha de una brutal represión en ese y otros pueblos. Aunque nunca pudo confirmarse, los rumores indicaron que las fuerzas del orden asesinaron entonces a unos doscientos trabajadores.

Pero lo peor estaba por venir. Tras la restauración del orden, la empresa inició despidos masivos por el cierre de algunos de sus establecimientos. Se trataba de un *lock out* patronal, cuyo objetivo era la eliminación de la totalidad de la fuerza de trabajo que participó en las huelgas y la recontractación bajo el filtro de las listas negras. Para frenar la ola de despidos, en enero de 1921 una gran huelga se expandió por todo el territorio de La Forestal. Por la agresión de las fuerzas del orden (que combinaban la policía estatal, una temible “gendarmería volante” y una policía privada), pronto se produjeron enfrentamientos que dejaron muertos de ambos lados. Eso dio lugar a una verdadera política de terror. Mientras los trabajadores se replegaban al monte para resistir como podían, la gendarmería volante puso en marcha una cacería humana que duró varias semanas. En los pueblos —especialmente en Villa Ana— se dedicaron a incendiar los ranchos de quienes no querían ver de vuelta. La cifra de muertos que dejó la represión se desco-

noce, pero fue sin dudas muy alta. Tras la pacificación represiva, la empresa continuó con la estrategia del *lock out* hasta crear un escenario de gran desempleo y miseria en toda la región que, a su vez, llevó los jornales a niveles mínimos. Cuando a fines de los años cuarenta se fuera agotando la riqueza de los quebrachales, La Forestal comenzaría a levantar campamento. En los años sesenta terminaría de marcharse, desmantelando incluso los puertos y ferrocarriles que había construido. Tras su partida, poco y nada quedó de la promesa de "civilización" con la que había llegado. Con la tierra devastada y sin empleo a la vista, la población de la zona se redujo a menos de la mitad. Algunos pueblos desaparecieron por completo.

En la lejana Santa Cruz los trabajadores también animaron luchas épicas que concluyeron en matanzas incluso más terribles. Dominaban allí enormes estancias dedicadas a la producción lanera para la exportación, muchas de ellas en manos de extranjeros, en particular ingleses y alemanes. Mediante alianzas matrimoniales, hacia 1920 tres familias llegaron a poseer millones de hectáreas en la zona y a controlar los bancos, aseguradoras, grandes comercios, puertos y empresas mineras que allí funcionaban. Las estancias se organizaron como empresas capitalistas, algunas de ellas con altos grados de tecnificación. La organización "racional" del trabajo y la subcontratación de tareas les permitieron grandes ahorros en mano de obra, especialmente en los planteles estables, que fueron mínimos. Eso significó, sin embargo, que las estancias requirieron grandes números de trabajadores estacionales para la época de la esquila, una fuerza de trabajo heterogénea en su origen nacional, nómada y desarraigada, que les resultaría muy difícil de mantener a raya.

La organización obrera comenzó allí de la mano de la Federación Obrera (FO), fundada en Río Gallegos en 1910, que para 1920 nucleaba una serie de gremios de los pocos pueblos costeros que había por entonces, en particular estibadores y cocineros y empleados de hotel, la mayoría inmigrantes europeos. Habían conseguido también extender la afiliación entre muchos de los peones que trabajaban en las estancias, entre los que, junto a los de origen argentino, eran legión los chilenos y los europeos. La conducción del sindicato estaba entonces en manos de Antonio Soto, un español de apenas 23 años, de ideas anarquistas. En 1920 el malestar de los trabajadores se hizo sentir tanto en el campo como en los pueblos. Mediante huelgas y boicots a los comercios más importantes exigieron un aumento en los jornales y mejoras en las condiciones de vivienda. Para noviembre la huelga se expandió por las estancias y la ciudad capital quedó paralizada. Entre el peonaje rural los dirigentes más importantes eran por entonces "el 68" y "el Toscano", dos italianos acriollados, secundados por otros dos gauchos nacidos en el país. Junto a ellos se había reunido un grupo mayor de referentes de la huelga, que incluía un francés, un alemán, varios chilenos, varios españoles, un ruso, tres norteamericanos, dos escoceses, un negro portugués, un uruguayo y un paraguayo, además de varios argentinos. Como una hueste rebelde a caballo, embanderada con estandartes rojos y negros, este grupo procedió a tomar estancia tras estancia, engrosándose con la peonada que quisiera seguirlos y obligando a los dueños y administradores a acompañarlos en calidad de rehenes. Como buenos anarquistas, todas las decisiones las tomaban en asambleas en las que la totalidad de los peones tenían voz y voto.

La dimensión que había tomado el movimiento en el campo obligó finalmente a la patronal a reconocer a la FO y sentarse a negociar. Pero el sindicato le presentó un pliego de condiciones que no estaban dispuestos a conceder, que incluía un sueldo mínimo de 100 pesos, mejoras en las viviendas para peones y la obligación de que los estancieros tomaran a los trabajadores con sus familias (y no sólo a los solteros), ofreciéndoles ventajas para radicarse. Los terratenientes, organizados en la Sociedad Rural y la Liga Patriótica y apoyados por la embajada británica, exigieron entonces a gritos al gobierno nacional que enviara tropas para reprimir. Yrigoyen finalmente envió tropas del Ejército al mando de un militar radical y de su confianza, el teniente coronel Héctor Varela. Pero, para gran frustración de los estancieros, la mediación que se encaró entonces entre los rebeldes y la patronal terminó concediendo casi todos los pedidos de los trabajadores, con lo que la huelga se levantó con victoria obrera.

La tranquilidad, sin embargo, duraría poco. Tras el regreso de las tropas a Buenos Aires, se hizo evidente que los estancieros se preparaban para incumplir el convenio firmado. Con ayuda de parte de la prensa porteña, se dedicaron a difundir informaciones falsas sobre crímenes y violaciones cometidos por "bandoleros" anarquistas y de "complots" chilenos para apropiarse de la Patagonia. Consiguieron así arrancarle a Yrigoyen la promesa de que volvería a enviar tropas, esta vez con ánimos represivos. Llegado el fatídico momento de la esquila, y en medio de tales campañas, la FO obró con prudencia e indicó que sólo pararían los peones en aquellas estancias que no respetaran el pliego firmado el año anterior. Pero cuando

esta medida comenzó a hacerse efectiva, la policía local encarceló masivamente a los dirigentes obreros que encontró en los pueblos, deportándose a aquellos que fueran extranjeros. Esa provocación patronal precipitó los acontecimientos: Soto llamó a una huelga general en demanda de la liberación de los presos políticos. Nuevamente las estancias fueron ocupadas, los administradores tomados de rehenes, y las armas y caballos confiscados. Para comienzos de noviembre de 1921 todo el sur de Santa Cruz se encontró paralizado. Diversas huestes obreras recorrían el campo con sus banderas rojas, de asamblea en asamblea, cambiando de ubicación para evitar a la policía. Los aterrorizados estancieros abandonaban sus propiedades y se refugiaban en los pueblos costeros.

Ante la gravedad de los acontecimientos Yrigoyen volvió a enviar tropas, nuevamente al mando de Varela. Pero esta vez el teniente coronel llevó órdenes distintas. Al llegar a Santa Cruz decretó la ley marcial y anunció la pena de fusilamiento para cualquier desacato. Aunque intentó presentar a la opinión pública un escenario de guerra, en realidad lo que hizo fue enviar pequeñas patrullas que fueron deteniendo a los obreros en diversos puntos del territorio. A pesar de que estaban pobremente armados y no ofrecieron resistencia, buena parte de los obreros capturados fueron fusilados allí mismo, sin mediar siquiera un juicio sumario. Los estancieros liberados colaboraron casi siempre con las tropas, señalando a los peones que a sus ojos merecían la pena capital. Aprovecharon así no sólo para eliminar a los cabecillas del movimiento, sino también a cualquiera que les resultara revoltoso o simplemente a los peones a los que les adeudaban jornales. Los cuerpos de los

fusilados fueron enterrados en las mismas estancias en fosas comunes o quemados con gasolina. El episodio más dramático de los fusilamientos fue el del 6 y 7 de diciembre en la estancia La Anita, donde se hallaba el grupo más numeroso de peones, unos seiscientos, encabezados por el propio Soto. Sitiada por las tropas, la peonada tuvo tiempo de realizar una última asamblea para definir qué hacer. Una mayoría opinaba que convenía entregarse a cambio de la promesa de conservar la vida. El alemán Pablo Schulz, en franca minoría, sostenía que había que enfrentar a los militares. Soto pensaba que eso era una locura: sin poder de fuego ni entrenamiento, los peones no tenían chances frente a soldados de un ejército regular. Pero también sabía que las promesas de Varela eran falsas y que serían fusilados apenas se entregaran. Intentó utilizar su mejor oratoria para convencer a la asamblea de huir a la montaña y resistir allí practicando tácticas de guerra de guerrillas. Todo fue en vano: a la hora de la votación la mayoría decidió entregarse. Aunque sabía que moriría fusilado, Schulz acató la decisión y se entregó con los demás. "Yo no soy carne para tirar a los perros", dijo Soto; con un pequeño grupo se escapó sigilosamente por la noche y logró cruzar a Chile. Moriría allí de viejo, mucho después. Nunca pudo dejar de preguntarse si sus palabras de esa noche acaso pudieron haber sido más convincentes, acaso pudieron haber salvado de la muerte a la enorme cantidad de compañeros suyos fusilados como perros en La Anita.

Los fusilamientos continuaron hasta que se acabó con todos los núcleos huelguistas. No es posible saber exactamente cuántos fueron los fusilados de la Patagonia trágica. Sobre la

base de los datos aportados por los militares se llegó a documentar 283 casos, pero sin dudas fueron muchos más (la prensa anarquista calculó que fueron no menos de 1500). La patronal no esperó a que la carnicería terminara para cantar victoria: el 10 de diciembre la Sociedad Rural de Río Gallegos publicó las condiciones con las que se contrataría de ahora en más al personal. Los sueldos anunciados venían con una rebaja de un tercio y más respecto de los que estaban en vigor anteriormente, y ni se mencionaban las mejoras de vivienda que se habían acordado en la primera huelga. Para entonces el terror ya había hecho su trabajo: ya no quedaba ni sindicato ni nadie dispuesto a protestar. Mientras los estancieros colmaban a Varela de banquetes y honores, la única voz de denuncia fue la de cinco prostitutas de San Julián, que se negaron a atender a los soldados y los rechazaron a palazos y gritándoles "¡Asesinos!" cuando quisieron forzarlas a brindar sus servicios. El escándalo por la masacre puso en un brete a Yrigoyen: Varela siempre sostuvo que cumplió órdenes del presidente. Luego de los hechos la UCR impediría la creación de una comisión investigadora en el Congreso. Ningún partícipe de los fusilamientos fue juzgado. Por el contrario, a Varela se lo premió designándolo director de la Escuela de Caballería de Campo de Mayo.

Si bien en la región pampeana no se registraron episodios de represión tan brutales, también hubo allí gran agitación. Aunque desde muy temprano existieron movimientos locales de pequeños agricultores, las entidades gremiales de importancia sólo se organizaron en la primera década del siglo XX. Por entonces llegaba a su fin el ciclo expansivo del modelo

agroexportador y las tensiones por la distribución de la renta agraria se hacían sentir como nunca. Los grandes estancieros y acopiadores de cereales trasladaron sobre los productores más débiles los costos del agotamiento. En ese contexto comienza en la década de 1910 una serie de conflictos sociales que tienen como protagonistas a los chacareros, pequeños arrendatarios que en su gran mayoría eran inmigrantes o primera generación de argentinos. En 1912, como parte del movimiento huelguístico de mayor alcance hasta entonces, conocido como el "Grito de Alcorta", confluyeron en la Federación Agraria Argentina (FAA), que sería la principal asociación del sector en los años por venir. Los reclamos de los chacareros en esta época estaban enfocados en la defensa contra los abusos de terratenientes y empresas comercializadoras. Demandaron modificaciones en el régimen de propiedad y tenencia de la tierra, créditos accesibles, mejoras viales, mecanismos arbitrales para las disputas con los terratenientes, exenciones impositivas, rebajas en los cánones de arriendo, etc. El horizonte político era el de una reforma agraria que diera la tierra en propiedad a quienes la trabajaban realmente. Luego de 1912 la FAA participó en intensos movimientos huelguísticos entre 1919 y 1921 que concluyeron cuando, tras una marcha multitudinaria que por primera vez los mostró en la Capital, consiguieron la sanción de una Ley de arrendamientos. En 1927 tuvieron un papel central en la importante huelga cañera en Tucumán y, luego de la crisis de 1930, intervinieron enérgicamente en defensa de los arrendatarios desalojados por falta de pago. En esa época la FAA tenía más de 400 filiales en diversas regiones del país, que representaban a cerca de 33.000

asociados. Sus huelgas, asambleas locales y manifestaciones de 1933 serán la última expresión del período combativo de la entidad. Por entonces se consolidaba un cambio económico de largo plazo, por el que muchos arrendatarios finalmente se hacían dueños de sus parcelas, convirtiéndose así en pequeños o medianos propietarios.

La región pampeana fue también testigo de luchas no menos importantes de braceros y peones rurales. Ya en los primeros años del siglo XX los socialistas y anarquistas habían intentado extender la organización sindical al campo. Aunque consiguieron fundar algunas asociaciones, resultaron de vida efímera. No es que no hubiera conflictos laborales, pero en general, en esta época de relativa prosperidad y salarios altos, se manifestaban y se resolvían en el plano local. Las primeras huelgas de trabajadores rurales más o menos extendidas datan de 1912, pero el primer movimiento huelguístico realmente notable debió esperar a 1918-1922. Sus reclamos eran variados: los de la siega pedían una jornada "sólo" de sol a sol, la supresión del pago con vales, mejoras en la alimentación, el reconocimiento de los sindicatos y la prioridad de sus afiliados a la hora de la contratación de mano de obra. Los estibadores demandaban la jornada de ocho horas, la reducción del peso de las bolsas y medidas de seguridad en los galpones. Todos pedían mejores jornales. La patronal se opuso enérgicamente, especialmente a la limitación de la jornada laboral —que en el campo tardaría mucho más que en la ciudad en abrirse camino— y al control de los sindicatos de la provisión de mano de obra. Hacia 1919 tanto los anarquistas como los sindicalistas de la FORA del IX Congreso habían consegui-

do establecer sendas entidades sindicales rurales sobre bases firmes. El movimiento huelguístico se extendió por las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Su resultado fue dispar: si bien sufrieron por todas partes una intensa represión, en algunos sitios (en particular Santa Fe y el norte bonaerense) consiguieron éxitos. Aunque las tensiones con los chacareros ya se hacían sentir —especialmente con las entidades anarquistas—, la FORA del IX Congreso firmó en 1920 con la FAA un convenio en el que se comprometían a trabajar conjuntamente para “libertar la tierra y todas las fuentes de producción y de cambio, anulando la arbitraria expropiación del capitalismo y de los terratenientes”. En el futuro, los lazos de solidaridad entre pequeños productores y peones rurales se repetirían, por ejemplo, en la gran huelga de 1927 de los cañeros tucumanos o en las Juntas de Defensa de la Producción y de la Tierra creadas en colonias rurales de Chaco y otras localidades entre 1934 y 1936, y en las medidas de fuerza que ellas motorizaron contra la explotación de las compañías comercializadoras (en las que también tuvo alguna participación el Partido Comunista). Sin embargo, en la región pampeana esos lazos tendieron a erosionarse rápidamente. Desde 1921 los sindicatos entraron allí en una fase de desorganización y perdieron la capacidad de defender las mejoras obtenidas. Con la caída de los precios internacionales del cereal, volvieron el desempleo y los bajos jornales. Finalmente, en noviembre de 1928 se inició un nuevo ciclo de huelgas en Santa Fe y Córdoba, breve pero muy intenso. Tras una campaña de prensa que denunciaba la presencia de “agitadores” en el campo, el Estado volvió a poner en marcha su aparato represivo. En di-

ciembre, Yrigoyen decretó la intervención militar de la provincia de Santa Fe, enviando cuatro regimientos, entre ellos el 10 de Caballería, el mismo que había destinado con Varela a la Patagonia. La advertencia fue efectiva: los dirigentes socialistas y anarquistas llamaron a desactivar la agitación por temor a “un nuevo asesinato colectivo”. Así y todo, los peones se las arreglaron para hacerse notar mediante sabotajes a las máquinas trilladoras e incendios de parvas y una fuerte huelga portuaria se extendió en solidaridad con los peones rurales bajo amenaza militar. Poco después, la crisis mundial desatada en 1929 golpeó profundamente la producción agraria. Muchos productores entraron en bancarrota y el desempleo rural alcanzó hacia 1932 picos inéditos. La miseria fue entonces tan terrible que en varios municipios debieron organizarse ollas populares y otras medidas para asistir al peonaje hambriento. La gravedad de la situación le dio un nuevo impulso a los sindicatos rurales, que exigieron medidas urgentes contra la desocupación. Entre otras, demandaron que se pusiera límites al trabajo familiar y al autotransporte de los granos, consignas que los enfrentaron definitivamente con los agricultores de la FAA. Desde 1935, tras haberse superado lo peor de la crisis, los sindicatos más reformistas ligados a la CGT fueron desplazando a los anarquistas, que perdieron la importante presencia que hasta entonces tenían en el campo.

Además de las huelgas y las grandes manifestaciones de lucha colectivas, en zonas rurales existían otras formas de resistencia. Con frecuencia el fenómeno del bandidismo rural fue canal del descontento para las clases populares. Hubo varios bandidos en diversas regiones del país que despertaron la

admiración y simpatía de los más pobres, que con frecuencia los ayudaban en sus fechorías. Uno de los más importantes fue David Segundo Peralta, alias "Mate Cosido". Al frente de su banda cometió numerosos asaltos en toda la zona del Chaco durante las décadas del veinte y del treinta. Sus blancos eran preferentemente las grandes empresas forestales, los acopiadores de algodón, los bancos y los comerciantes y ganaderos ricos. Se decía de él que entregaba parte de su botín a los más necesitados. Sobre sus hazañas se contaron historias de boca en boca y se compusieron varios chamamés de gran éxito. Su fama sólo fue superada por la de Juan Bautista Bairoleto, "el Robin Hood de las pampas", quien también fue objeto de gran devoción popular, especialmente tras ser abatido por la policía en 1941. Los más pobres admiraban y apoyaban a los bandidos no tanto por la ayuda que de ellos pudieran recibir, como por el hecho de que en sus correrías veían una especie de venganza contra los más ricos y una burla a la autoridad estatal que tantas veces estuvo en su contra. Pero en el caso de Mate Cosido o Bairoleto, la dimensión política del bandidismo no terminaba allí. El segundo, de hecho, era simpatizante anarquista y tenía buenos contactos con el movimiento. Fueron militantes anarquistas los que concibieron el plan de unificar la lucha obrera con el accionar de los bandidos para golpear un blanco en común: la odiosa compañía La Forestal. A instancias de ellos, se arregló un encuentro entre los dos legendarios bandidos, que se conocieron así en 1937 en un centro masónico obrero del barrio porteño de Barracas. Tras largas horas de charla, acordaron "expropiar" el dinero acumulado en La Forestal

en un golpe unificado. El gran golpe finalmente no pudo llevarse a cabo, pero al menos se alzaron con 13.000 pesos en uno menos difícil perpetrado contra el gerente de una de las subsidiarias de la multinacional.